

UN ENEMIGO DEL PUEBLO

HENRIK IBSEN



 Cantaro

Henrik Ibsen

UN ENEMIGO DEL PUEBLO


Cantaro

Colección del
MIRADOR

Los contenidos de las secciones que integran esta obra han sido elaborados por: Prof. Facundo Nieto
Traducción del original de la Prof. Valeria Castelló-Joubert
Corrección: Prof. Amelia Rossi
Imagen de tapa: Latinstock
Imágenes Cuarto de herramientas: Latinstock y gentileza del Complejo Teatral de Buenos Aires.

Gerencia de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Ibsen, Henrik
Un enemigo del pueblo. - 1a ed. 2a reimp. - Buenos Aires: Cántaro, 2014.
216 p.; 18x13 cm. - (Del mirador)

Traducido por: Valeria Castelló Joubert

ISBN 978-950-753-216-0

1. Teatro Noruego. I. Castelló Joubert, Valeria, trad. II. Título
CDD 839.82

© Editorial Puerto de Palos S. A. 2001

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Editorial Macmillan
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-216-0

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Primera edición, segunda reimpresión.

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2014, en Servicio Industrial Gráfico S.R.L., General Mansilla 649, Lomas del Mirador, provincia de Buenos Aires, Argentina.



*Puertas
de
acceso*

Peligro en vacaciones: playas mortíferas

Escena en la playa. Los bañistas disfrutan de uno de los mejores días de la temporada de verano que acaba de comenzar. No hay nubes, hace mucho calor, y el mar está más azul que nunca. Muchas personas tiradas sobre la arena miran sonrientes a los niños que juegan en el agua. Todos parecen felices: no hay motivos para preocuparse. O en realidad sí, porque en una película de terror o de suspenso, si todo está bien, es porque algo macabro ocurrirá en cualquier momento. Efectivamente: la música que anuncia el peligro se escucha, primero lenta y casi inaudible, de a poco comienza a acelerar y, finalmente, sube el volumen. Entonces, los cuerpos de los bañistas empiezan a ser despedazados despiadadamente por un tiburón, y el azul del agua se mezcla con el rojo de la sangre.

Muchas películas recurren a una situación similar para producir terror: las víctimas creen que están a punto de disfrutar los momentos más felices de sus vidas en un lugar paradisíaco y, en medio de la tranquilidad, irrumpe, inesperado, lo siniestro. Pero no es ésta la razón por la cual *Tiburón* –novela a la que hacíamos referencia, escrita por Peter Benchley en 1974 y llevada al cine por Steven Spielberg en 1975– ha sido relacionada por muchos críticos con *Un enemigo del pueblo* (1882), obra teatral del escritor noruego Henrik Ibsen (1828-1906). La influencia del texto de Ibsen sobre Benchley y Spielberg se observa fundamentalmente en el tema de la soledad de quien dice una verdad que, para la mayoría, no es conveniente escuchar.

En la película de Spielberg, el jefe de policía de Amity Island en vano trata de convencer a las autoridades municipales de que el balneario

debe cerrarse hasta que se dé muerte al feroz animal, pero su intento es desoído por los comerciantes, quienes pretenden continuar obteniendo ganancias económicas, aun cuando éstas se produzcan a costa de la muerte de turistas. En la obra que presentamos aquí, los personajes viven en una aldea cercana a un próspero balneario cuyas aguas son consideradas benéficas por sus propiedades curativas. De pronto un médico, el Dr. Stockmann, descubre que se trata de aguas contaminadas y sumamente peligrosas...

Pero antes de sumergirnos en las aguas de este conflicto, es conveniente hacer un pequeño recorrido turístico por el clima de ideas y por los escenarios teatrales de las principales ciudades europeas en el siglo XIX.

La sociedad de masas

Entre 1850 y 1900, la población europea aumentó de 274 a 423 millones de personas. Varias fueron las causas de tamaño incremento demográfico. En principio, los diferentes gobiernos de Europa habían comenzado a preocuparse por la salud pública, por la higiene de la población y por las condiciones laborales de los trabajadores, especialmente de mujeres y niños, y se introdujeron significativas mejoras en las viviendas y en la alimentación. Por otro lado, el progreso de la medicina posibilitó el descenso de la mortalidad y las mejoras en la calidad de vida; los descubrimientos de investigadores como Louis Pasteur (1822-1895), Robert Koch (1843-1919) y de muchos otros científicos notables contribuyeron a prevenir enfermedades tales como la rabia, la tuberculosis, el cólera, la peste bubónica, el tifus, el tétanos y la viruela. Las últimas décadas del siglo XIX constituyeron una verdadera revolución en el campo de la medicina. No es casual que Ibsen haya elegido para su protagonista, el doctor Stockmann, una de las profesiones de mayor prestigio de la época por su vinculación con el saber y con el servicio a la comunidad.

Varias fueron también las consecuencias de este crecimiento poblacional. En primer lugar, se multiplicó el número de las ciudades europeas, muchas de las cuales tuvieron que realizar modificaciones arquitectónicas debido a su vertiginosa expansión. Además, la vida urbana se volvió completamente impersonal y anónima; las calles atestadas de desconocidos se convirtieron en un paisaje cotidiano. Por último, la clase media y la clase obrera industrial comenzaron a demandar una mayor participación política o directamente su inclusión –en países donde todavía no la tenían– en la vida pública.

La aparición de estas grandes muchedumbres que reclamaban ser tenidas en cuenta en las decisiones sobre los destinos de su país dio origen a un fenómeno conocido como “sociedad de masas”, esto es, aquella sociedad en la que grandes masas de personas anteriormente excluidas, pertenecientes a las clases medias y bajas, participan de manera activa tanto en lo político y lo social como en el ámbito cultural.

En la segunda mitad del siglo XIX, muchos pensadores observaron preocupados la aparición de las masas. El motivo de esa inquietud consistía en el riesgo de que los vínculos más inmediatos entre los seres humanos se destruyeran. Si esto ocurría, pensaban, desaparecerían los lazos de solidaridad que caracterizaban aquellas comunidades más pequeñas como, por ejemplo, las aldeas campesinas, en las que las personas se conocían entre sí por su contacto diario “cara a cara”. También crecería el número de delitos, y se haría cada vez más intensa la violencia social: huelgas, manifestaciones, revueltas populares, revoluciones... Es posible sintetizar esta situación con una frase del pensador alemán Walter Benjamin (1892-1940): “La multitud de la gran ciudad despertaba miedo, repugnancia, terror en los primeros que la miraron de frente”.

En verdad, la mayor preocupación de muchos intelectuales en relación con la multitud consistía en el peligro de que se implantaran definitivamente los sistemas democráticos y el sufragio universal en los Estados modernos. Masas de “nuevos ricos” –preocupados sólo por sus

intereses económicos— y también de obreros —peligrosos por sus reclamos de igualdad— pretendían acceder al sufragio universal, y esto era percibido como la proximidad del caos político y social de Occidente. El historiador británico Eric Hobsbawm imagina así el pensamiento de las clases dirigentes: “¿Qué ocurriría en la vida política cuando las masas ignorantes y embrutecidas, incapaces de comprender la lógica elegante y saludable de las teorías del mercado libre (...) controlaran el destino político de los estados? Tal vez tomarían el camino que conducía a la revolución social...”¹

No eran pocos los intelectuales que pensaban que las decisiones políticas de una nación debían permanecer alejadas de las clases medias y bajas, puesto que ellas —sostenían— estaban constituidas por individuos egoístas, fácilmente manipulables, incapaces de razonar y carentes de valores intelectuales y morales. El médico y sociólogo francés Gustave Le Bon (1841-1931), uno de los pensadores que más sistemáticamente se preocupó por el fenómeno de las masas, decía:

Una cadena de argumentos lógicos es totalmente incomprensible para las muchedumbres y por eso es permitido decir que no razonan, o razonan falsamente (...). El orador, en comunicación íntima con la muchedumbre, sabe evocar imágenes que la seducen. Si vence, ha realizado su fin y veinte volúmenes de arengas (...) no valen lo que algunas frases que llegan hasta el cerebro de aquel a quien queremos convencer. Sería superfluo añadir que la impotencia de las muchedumbres para razonar correctamente les impide tener ningún rasgo de espíritu crítico, es decir, de aptitud para discernir la verdad del error y formar un juicio preciso sobre cosa alguna. Los juicios que las muchedumbres aceptan no son sino juicios impuestos, nunca juicios discutidos. En este punto de vista son numerosos los hombres que no se elevan por encima del nivel de las muchedumbres. La facilidad con la que ciertas opiniones se convierten en opinión

¹ Hobsbawm, Eric. [1987]. *La era del imperio. 1875-1914*. Buenos Aires, Crítica (Grijalbo Mondadori), 1998, p. 95.

general obedece, especialmente, a la imposibilidad en que están la mayor parte de los hombres para formarse una opinión particular basada sobre sus propios razonamientos.²

Es asombrosa la semejanza entre esta visión de las mayorías y la que expone nuestro protagonista, el médico que descubre el peligro de las aguas en *Un enemigo del pueblo*; lo que Le Bon denomina como “las muchedumbres” no es sino aquello que el Dr. Stockmann llama “la mayoría compacta”:

Es precisamente éste el gran descubrimiento que he hecho ayer. (...) El enemigo más peligroso de la verdad y de la libertad entre nosotros es la mayoría compacta. Sí, la maldita mayoría compacta liberal... ¡ése es! ¡Ahora lo saben! (Acto cuarto).

La mayoría de una sociedad, dirá Stockmann, no es sino una masa aplastante que “nunca tiene la razón de su lado”, sólo la fuerza. Las supuestas verdades que en la sociedad defienden las mayorías están basadas en ideas viejas y caducas, y son, por lo tanto, mentiras que generan las “enfermedades morales” que afectan al pueblo. Para el protagonista, las mayorías permanecen lejos del saber y de la cultura; son masas ignorantes de individuos que logran imponer sus ideas al resto a través de la fuerza.

² Le Bon, Gustave. [1895]. *Psicología de las multitudes*. Madrid, Daniel Jorro, 1911, pp. 79-80 (traducción de J. M. Navarro de Palencia).

La opinión pública

Al conflicto de las masas habría que agregar, tal como se desprende de la cita de Le Bon, otro problema: el de la opinión de las masas sobre los asuntos públicos, es decir, el problema de la *opinión pública*. En efecto, como nunca antes en la historia, a finales del siglo XIX, las mayorías pasaron a ocupar un lugar significativo en el consumo de bienes culturales, por ejemplo, periódicos.

Se consolida entonces un periodismo sensacionalista, que busca conquistar grandes masas de lectores, y que les otorga cada vez más espacio a las noticias sobre crímenes, aventuras, hechos extraordinarios, dramas familiares... Y este fenómeno tampoco fue visto de manera optimista por los pensadores de finales del siglo XIX: si las masas eran irracionales y sus opiniones consistían en el producto de la imposición de juicios ajenos, entonces era posible suponer que la prensa podía ejercer cierto poder de manipulación sobre la *opinión pública*. O al revés: el periodismo, embarcado en una competencia desenfrenada por conquistar cada vez más lectores, le daría a su público, no información verdadera y relevante, sino aquello que, de antemano, se suponía que aumentaría las ventas.

Jürgen Habermas, un filósofo alemán que ha estudiado con profundidad el concepto de *opinión pública*, resume así las visiones sobre este término en aquel entonces:

...la “opinión pública” es conscientemente percibida en el último cuarto del siglo XIX como una magnitud de todo punto problemática. En un tratado sobre La esencia y el valor de la opinión pública, del año 1879, se dice en tono de resignación (...): “La novedad en los hechos y la necesidad de cambios y variaciones han llegado en nuestros días a ser a tal punto decisivos que la opinión popular prescinde (...) de aquella verdaderamente vigorosa y eficaz elaboración intelectual de los grandes hombres que creían en principios y eran capaces de sacrificarlo todo a ellos. [La opinión pública] se ha convertido con el curso del tiempo en una

consigna gracias a la cual la masa cómoda e intelectualmente desidiosa ha tenido el pretexto para sustraerse al propio trabajo intelectual”. Ya un lustro antes había Schäffle declarado a la opinión pública una “informe reacción de la masa” la había definido como “expresión de los puntos de vista, juicios de valor o tendencias volitivas del público todo o de una cualquiera de sus partes”.³

En la obra de Ibsen, asistiremos a un *detrás de escena* de la actividad periodística: toda la acción que se desarrolla en la redacción de *El Mensajero del Pueblo* nos permitirá observar que el periodismo ya no es, como dice uno de los personajes, “una maravillosa vocación”, la de “allanar el camino para la marcha de las verdades no reconocidas y de nuevas y valientes líneas de pensamiento”, sino un modo eficaz y deshonesto de manipular la *opinión pública*. El diario se propone, como lo sugiere su mismo director, engañar a los lectores:

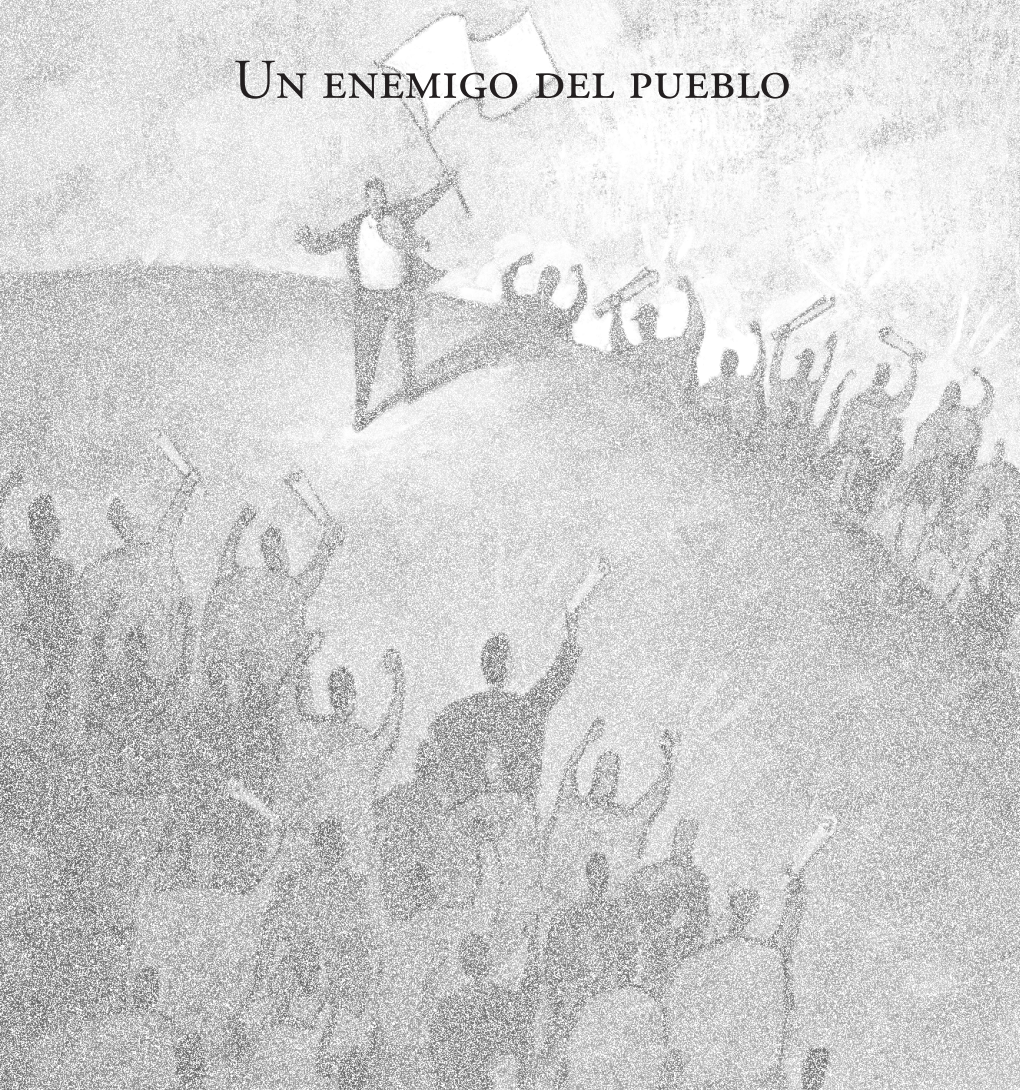
HOVSTAD. (...) La política es lo más importante en la vida... de un periódico, en todo caso; y si quiero llevar conmigo a mi público por el camino que conduce a la libertad y al progreso, no tengo que asustarlo. Si los lectores encuentran un relato de este tipo anunciado al pie de la página, estarán mejor dispuestos para leer lo que se ha impreso arriba. Se sienten más seguros, por así decir.

PETRA. ¡Uf! ¡No me diga que va a tender una red semejante a sus lectores; usted no es una araña! (Acto tercero).

³ Habermas, Jürgen. [1981]. *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona, Gustavo Gili, 1996, pp. 264-5. Raymond Williams ha estudiado el significado que la palabra *masas* tuvo en el siglo XIX, vinculándolo con las críticas a los sistemas democráticos de gobierno y con el problema de la opinión pública: “*Democracia de masas* puede designar un sistema político manipulado, pero más a menudo describe un sistema regido por preferencias y opiniones no educadas e ignorantes: la clásica queja contra la *democracia* misma. Williams, Raymond. (1976). “Masas [*Masses*]”. En: *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, p. 213, subrayado en el original.

Henrik Ibsen

UN ENEMIGO DEL PUEBLO



Henrik Ibsen

UN ENEMIGO DEL PUEBLO

Traducción del original de Valeria Castelló-Joubert.

DRAMA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES*

DOCTOR TOMAS STOCKMANN, médico del balneario municipal
SEÑORA STOCKMANN, su mujer
PETRA, su hija, maestra
EJLIF, su hijo de 13 años
MORTEN, su hijo de 10 años
PETER STOCKMANN, hermano mayor del doctor, alcalde de la ciudad, jefe de la Policía, presidente de la Sociedad del Balneario
MORTEN KIIL, curtidor¹, padre adoptivo de la señora Stockmann
HOVSTAD, redactor de *El Mensajero del Pueblo*
BILLING, colaborador del mismo diario
CAPITÁN HORSTER, capitán de barco
ASLAKSEN, impresor
Ciudadanos que asisten a la asamblea popular
Hombres de diversas condiciones sociales
Algunas mujeres con niños pequeños
Un grupo de escolares.

La acción transcurre en una pequeña ciudad costera del sur de Noruega.

*Encontrarán una red de personajes en el **Cuarto de Herramientas**.

¹ El *curtidor* tiene por oficio preparar las pieles de animales para la obtención del cuero. El curtido de pieles mediante procesos químicos es una actividad que genera una importante carga de contaminantes: pelos, pedazos de piel y carne, estiércol, sangre, sales, etc. Morten Kiil es dueño de una curtiembre.

ACTO PRIMERO

La escena representa la sala de estar del DOCTOR STOCKMANN. Es sencilla, pero está convenientemente amueblada. La acción transcurre durante la noche. En la pared de la derecha, hay dos puertas; la más alejada abre al vestíbulo, la otra, al escritorio del doctor. En la pared opuesta, enfrente de la pared del vestíbulo, una puerta conduce a los diversos dormitorios del departamento. Adosada a la pared del fondo, una estufa, y más cerca, en segundo plano, un sofá; arriba, un espejo; delante del sofá, una mesa ovalada con una carpeta. Sobre la mesa hay una lámpara encendida, con pantalla. Al fondo, una puerta abierta da al comedor; la mesa está puesta para la cena; una lámpara la ilumina.

(BILLING está sentado a la mesa con la servilleta atada al cuello. La SEÑORA STOCKMANN, parada junto a la mesa, le ofrece una fuente con una gran porción de carne al horno. Los demás lugares están vacíos, y el desorden de la mesa indica que la comida ha terminado.)

SEÑORA STOCKMANN. Ya ve, señor Billing, si llega con una hora de atraso, tiene que conformarse con un plato de comida fría.



BILLING (*comiendo*). Está muy rico, gracias, delicioso.

SEÑORA STOCKMANN. Sabe que a mi marido le importa mucho la puntualidad en las comidas...

BILLING. No me afecta en absoluto. Además, creo que disfruto realmente de un plato cuando puedo sentarme a comer solo, sin que nada me moleste.

SEÑORA STOCKMANN. Bueno, lo principal es que disfrute... (*Da media vuelta hacia la puerta y escucha*). Creo que es el señor Hovstad.

BILLING. Posiblemente.

(Entra el ALCALDE STOCKMANN. Usa sobretodo, la gorra de su uniforme y trae un bastón en la mano).

EL ALCALDE. Buenas noches, Katrine.

SEÑORA STOCKMANN (*entrando en la pequeña sala*). ¡Buenas noches, Peter! Qué amable de su parte pasar a vernos.

EL ALCALDE. Pasaba por aquí, y entonces... (*Mira hacia el comedor*). Pero veo que está acompañada.

SEÑORA STOCKMANN (*un poco incómoda y con precipitación*).

No, no, Billing está aquí de casualidad. ¿Por qué no come algo usted también?

EL ALCALDE. No, gracias. ¡Dios me guarde de los platos calientes por la noche! No van con mi digestión.

SEÑORA STOCKMANN. Por una vez...

EL ALCALDE. No, no, mi querida señora. Estoy acostumbrado al té y al pan con manteca. Es mucho más sano a la larga y un poco más económico también.

SEÑORA STOCKMANN (*sonriendo*). Ahora no va a pensar que Tomas y yo somos gastadores.

EL ALCALDE. Usted no, cuñada; nunca pensaría eso de usted. (*Señalando el escritorio del doctor*). ¿No está en casa?

SEÑORA STOCKMANN. No, salió a dar una vuelta con los chicos después de la cena.

EL ALCALDE. Me pregunto, ¿eso puede ser sano? (*Escucha*). Me parece que está entrando.

SEÑORA STOCKMANN. No, no creo que sea él. (*Alguien golpea a la puerta*). ¡Adelante! (*HOVSTAD entra desde el vestíbulo*). ¡Ah, es usted, señor Hovstad!

HOVSTAD. Sí, espero que me perdone, pero me retrasé en la imprenta. Buenas noches, señor alcalde.

EL ALCALDE (*con un saludo distante*). Buenas noches. Viene sin duda por trabajo.

HOVSTAD. En parte sí. Se trata de un artículo para el diario.

EL ALCALDE. Me lo imaginaba. Escuché decir que mi hermano se convirtió en un prolífico autor² de *El Mensajero del Pueblo*.

² Se lo llama *prolífico* al artista que ha producido numerosas obras. El alcalde, quien sabe que su hermano no es un artista prolífico, usa esa expresión de manera irónica: evidentemente, le desagrada el hecho de que el Dr. Stockmann publique artículos con tanta frecuencia en el periódico local.



HOVSTAD. Acostumbra escribir en *El Mensajero del Pueblo* cada vez que tiene una verdad para decir.

SEÑORA STOCKMANN (a HOVSTAD). ¿Pero no quiere...? (*Señala la mesa*).

EL ALCALDE. De acuerdo, no lo critico en lo más mínimo por el hecho de que, en su calidad de escritor, se dirija hacia donde encuentra la simpatía más propicia. Y, por otro lado, personalmente no cuento con razones para tener una mala disposición hacia su diario, señor Hovstad.

HOVSTAD. Sí, eso pienso yo también.

EL ALCALDE. Al relacionar una cosa con otra, hay que decir que reina un excelente sentido de tolerancia en la ciudad, un admirable espíritu ciudadano. Y debemos esto al hecho de que estamos unidos por un gran interés común, un interés que concierne en igual grado a todos los ciudadanos bienpensantes³.

HOVSTAD. El balneario, sí.

EL ALCALDE. Exactamente, nuestro nuevo y excelente establecimiento balneario. Recuerde estas palabras, señor Hovstad, el balneario se convertirá en el centro de la vida de nuestra ciudad. ¡Sin duda alguna!

SEÑORA STOCKMANN. Eso es justamente lo que dice Tomas.

EL ALCALDE. ¡Qué desarrollo extraordinario ha tenido la ciudad en los

³ Las personas “*bienpensantes*” son aquellas que tienen excesivo cuidado en no ofender a nadie con sus ideas. Los ciudadanos bienpensantes, por lo tanto, saben que sus opiniones serán aceptadas por todos, porque sólo sostienen ideas moderadas que no provocan conflictos.

últimos dos años! El dinero circula, la vida crece, y los negocios aumentan. ¡El valor de las propiedades y de los terrenos sube día a día!

HOVSTAD. Y la desocupación está bajando.

EL ALCALDE. Sí, además. Los gastos de ayuda a los pobres han disminuido, para gran alivio de las clases acomodadas; y el alivio será aún mayor si este verano tenemos una buena temporada y muchos visitantes... y montones de enfermos que hagan hablar de los *baños*⁴.

HOVSTAD. Sí, he oído decir que el pronóstico es bueno.

EL ALCALDE. En efecto, pinta muy prometedor. Recibimos pedidos de reservas todos los días.

HOVSTAD. Bueno, y el artículo del doctor viene como anillo al dedo.

EL ALCALDE. ¿Escribió un nuevo artículo?

HOVSTAD. Es algo que escribí durante el invierno para recomendar las termas, una exposición de sus excelentes condiciones sanitarias. Pero preferí dejar de lado el artículo por un tiempo.

EL ALCALDE. Ah, ¿algunas correcciones, supongo?

HOVSTAD. No, para nada; pensé que sería mejor esperar la primavera, porque es justamente la época en que la gente comienza a pensar en serio sus planes para el verano.

EL ALCALDE. Tiene razón, mucha razón, señor Hovstad.

⁴ La palabra *baños* (sólo en plural) es sinónimo de '*balneario*'. Generalmente, los baños cuentan con aguas medicinales. Cuando sus aguas son calientes, reciben el nombre de *termas*.



ÍNDICE

Literatura para una nueva escuela	5
Puertas de acceso	7
Peligro en vacaciones: playas mortíferas	9
La sociedad de masas	10
La opinión pública	14
Positivismo y ciencia	16
El teatro en el siglo XIX	17
El drama realista	20
Un enemigo del pueblo	22
Se abre el telón	24
La obra: Un enemigo del pueblo	25
<i>Acto I</i>	29
<i>Acto II</i>	57
<i>Acto III</i>	89
<i>Acto IV</i>	121
<i>Acto V</i>	151
Manos a la obra	183
Un balneario y una historia	185
Los personajes del pueblo	186
Los procedimientos de realismo teatral	191
Los discursos sociales en conflicto	194
Para debatir verdades y mentiras	199
Teatro, cine y ecología	200
Cuarto de herramientas	203
Henrik Ibsen	205
Red de personajes	207
<i>Un enemigo del pueblo</i> en Buenos Aires	208
Ibsen en el cine	210
Bibliografía	212